poco en la pequeña ciudad, hasta que, próximamente en el año 3000 de nuestra Era, siendo *patesi* Gudea, llegó á su completo perfeccionamiento.

Por esto, del mismo modo que existen el siglo de Pericles y el siglo de Augusto existe también en la historia del arte el siglo de Gudea.

No puede imaginarse nada tan magnífico como lo que nos revelan acerca de esta época los monumentos de la colección Sarzec. En aquel reducido rincon de la tierra no se oian más que el ruido de las herramientas que labraban delicadamente las piedras y los acordes del arpa cuyas cuerdas herian los dedos de las mujeres.

Arquitecto y escultor, manejando alternativamente el marco y el cincel, el *patesi* Gudea, dirigia, según parece, por sí mismo, toda aquella obra de arte. ¡Que historia tan singular la suya! Abandonado en la primera niñez por sus padres, fué recogido por un anciano llamado Dunzi, y educaeo en las dependencias del palacio real de Ur.

Allí, ya crecido, se le encargó la guarda de los rebaños.—«Fuí pastor, nos dice en su gran cilindro. Un dia, el intendente que vigilaba sobre nosotros, sacó mi horóscopo en estos términos: No hay inteligencia como la del pastor Gudea; yo soy grande, pero él me excederá. Y en efecto, llegué á realizar su profecía.»

Con encantadora sencillez, declara que arribó á los altos destinos vaticinados por el intendente del rey, construyendo y ornamentando edificios.

¿Dónde se encontrará entre los pueblos de hoy un sentimiento tan delicado de lo que constituye la verdadera grandeza?

En el pasaje citado, aparecen ya como en germen las dos hermosas leyendas de Josef y Moisés.

Los hebreos y los fenicios detenidos en su sencilla infancia sobre los bordes del Eufrates por la civilización sumeriana, la aceptan y se nutren de ella, para llevar en seguida á las playas del mar de Oeste, á Sidon, á Tiro y á la tierra de Chanaan, los dioses y las costumbres de Sumir, así como las bellas tradiciones oidas en la cuna.

*
* *

Pertenecen y se refieren á la antigua civilización las primeras pájinas del Gènesis.

En los textos viejísimos de la colección Sarzec, he hallado hasta el nombre del Dios particular de Israel, *Javhé* del cual hasta ahora se había buscado inútilmente la etimología.

Existia, en efecto, en los tiempor más remotos un *Juvhé* sumeriano, un dios *que es*.

¡Cuán conocida es hoy de los arisiólogos esa bien amada civilización humana con su encantadora ciudad de Sirpurla, risueñamente asentada en las orillas del Eufrates!

En el desierto de la vida moderna, en medio de la universal aridez y de las prosáicas realidades que nos envuelven, es agradable reconstruir mentalmente esa civilización antigua inundada por los frescos y sonorosos manantiales dal arte y de la poesía.

Al igual de su hermana griega, la hermana Atenas de las orillas del Eufrates, merece causar las eternas delicias de todos los que conceden gran importancia á los deleites de la fantasía y de la belleza.

X.

SEÑAS MORTALES

Un mal pintor retrató
Al violinista Garrido,
Y por mas que se esmeró
El retrato resultó
Sin pizca de parecido.

Un hijo del retratado,
Que es un tonto rematado
Como no ha habido ni habrá,
Miró el cuadro y de contado
Exclamó:—¡Ese es mi papá!

El pintor se puso engreido,
Pero el padre enfurecido
Preguntó á su benjamin:
—¿En que, di, lo has conocido?—
Y contestó:—¡En el violin!

CARLOS CANO.

NOTAS É IMPRESIONES

Que la llama no se burle de la chispa, porque de chispas está compuesta la llama.

*
* *

No creas que la vida sea un tejido de glorias y placeres. Si existe alguna dicha, cuesta tantas penas, que no vale la pena que aquella exista.

*
* *

La ley de la compensación me ha enseñado que todos somos igualmente felices é igualmente desgraciados.

*
* *

Aprovecha las dichas sin perseguirla demasiado. Cuanto menos las persigas, mas se acercarán á tí.

NOMEN.
